

Autor: Abilio Ayuso

UN CUENTO CHINO

Ilustrador Ronny Bravo



Hay una serie de cuentos chinos, cuya autoría desconozco, que me llegan transmitidos por vía oral, algunos de ellos muy bonitos, en esta ocasión no he podido resistir la tentación de poner uno por escrito.

TP

Cuentan que hace muchos años, había en la China profunda, un joven que, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograba salir de la pobreza y miseria.

Contemplaba tristemente su cesto de arroz medio vacío, cuando vio como una enorme rata se descolgaba por la pared hasta el interior de éste y comenzaba a devorar ávidamente los escasos granos que le quedaban.

En tono airado, preguntó al animal: “Rata, porque me robas a mí que soy pobre, en lugar de ir a casa de la gente rica”.

Mirándole a los ojos, el roedor contestó: “Te robo a ti porque tu destino es ser pobre, y yo colaboro en ello, por otra parte las casas de los ricos están bien cerradas, no tienen agujeros por donde me pueda colar, además en ellas habitan gatos que pueden matarme”.

Sin comprender porque el destino le trataba de aquella manera cruel, oyó hablar de un templo perdido en las lejanas montañas, donde todo aquel que se atrevía a llegar podía preguntar cualquier cuestión a Buda, siempre que fuera con sana intención.

Desesperado y sin nada que perder, decidió ponerse en camino, por lo menos para llegar a comprender cual era la causa de su fatalidad, y como sortearla si ello era posible.

Después de cinco días de marcha, hambriento y agotado, llegó a la casa de un rico hacendado, donde pidió alojamiento. Al explicar el motivo de su peregrinaje, el propietario le hizo pasar a su mansión y durante dos días le proporcionó excelente comida y reposo hasta que hubo recuperado sus fuerzas.

Al partir, con una bolsa repleta de alimentos y calzado nuevo, nuestro joven peregrino le hizo saber que lamentaba no poder ofrecerle nada a cambio de aquel magnífico hospedaje, ya que era extremadamente pobre.

Su anfitrión le dijo que nada le debía, únicamente le pedía un favor, que cuando viera a Buda le preguntara porque su bella hija de dieciséis años, su única familia en este mundo, jamás había pronunciado una palabra, sin que médicos ni curanderos hubieran dado con la solución al problema.

Nuestro joven prometió así hacerlo y se puso nuevamente en camino.

Dos días después se halló perdido en mitad de la espesura de un intrincado bosque, del que no veía forma de salir.

Tuvo la fortuna de hallar la cueva de un anciano ermitaño que muy amablemente se ofreció para acompañarle a la salida.

Durante el largo camino el anciano le explicó que llevaba quinientos años viviendo en la más estricta virtud, incluso había alcanzado límites vedados al común de los mortales, le mostró como con el poder de su mente había forjado aquel maravilloso bastón en el que se apoyaba y que entre otras muchas cualidades podía hacer brotar agua de una roca solo con golpearla, o curar cualquier enfermedad, sin embargo no había conseguido aún llegar a la budeidad, alcanzar el plano celestial sin tener que volver a reencarnar.

Cuando el joven le explicó el motivo de su viaje, el ermitaño le respondió que de buena gana le acompañaría, pero era demasiado viejo para completar el camino, por tanto le llevaría hasta el extremo del bosque en la orilla del río, pero a cambio le pedía un pequeño favor, que preguntara a Buda: ¿Que le impedía alcanzar el plano celestial?.

Quedó nuestro protagonista solo a la orilla del río sin ver la forma de atravesarlo, hasta que divisó una enorme tortuga que surcaba limpiamente sus aguas.

Dirigiéndose a ella le solicitó que le permitiera atravesar la corriente subido en su caparazón, para su sorpresa, el sabio animal habló preguntándole cuál era el propósito de su viaje, al explicárselo le contestó que con mucho gusto le permitiría atravesar el río subido en su caparazón, sólo con la condición de que le hiciera a Buda una pregunta, ya que ella era incapaz de subir las escarpadas montañas.

En la otra orilla la tortuga le dijo: “He vivido durante mil años, a estas alturas ya debería haber subido al cielo y convertido en dragón, y sin embargo sigo aquí como tortuga, ¿Qué es lo que me lo impide?”.

El joven prometió traspasarle su pregunta a Buda y siguió su camino escalando las abruptas montañas hasta que después de dos días llegó al templo de la cima.

Sin embargo, para su desconsuelo comprobó que estaba abandonado y completamente desierto.

Agotado y frustrado se tumbó a descansar en un banco de piedra hasta que quedó profundamente dormido, justo en aquel instante, se le apareció Buda en sueños preguntándole que es lo que le había traído hasta allí.

El muchacho le confesó que tenía cuatro preguntas muy importantes que hacerle, pero para su desilusión Buda le dijo que escogiera bien, porque solo le respondería a tres de ellas y nunca más podría volver a preguntarle nada.

Dubitativo, nuestro protagonista pensó que no podía defraudar a la tortuga, que le había hecho atravesar el río y llevaba mil años esperando la respuesta, así que la primera pregunta fue: “¿Porque la gran tortuga del río no puede ir al cielo y convertirse en dragón?”.

Buda sonrió y le contestó: “La buena tortuga durante mil años ha estado recogiendo tesoros del fondo del río con los que ha ido adornando el interior de su concha, solo tiene que desprenderse de su caparazón y de inmediato verá cumplido su sueño”.

En segundo lugar, el chico pensó que no podía defraudar al bondadoso ermitaño que llevaba quinientos años sin encontrar la solución, así que aquella fue su siguiente pregunta, Buda le respondió: “El ermitaño ha depositado tanto poder en su bastón, lo aprecia tanto, que eso es lo que le impide alcanzar el plano celestial, solo tiene que abandonarlo y se realizarán sus deseos”.

Nuestro joven estaba confuso, solo le quedaba una pregunta, si formulaba la de la muchacha muda nunca encontraría la solución a su problema, pero... ¿Cómo podía decepcionar a quien tan bien le había tratado y dejar muda aquella hermosa niña para siempre?, pensó que si su destino era ser pobre lo seguiría siendo, así que le preguntó como curar a la chica muda, Buda rio y le contestó: “Se curará sola, en el mismo instante en que vea al que será su marido comenzará a hablar perfectamente”.

Despertó el chico en el banco de piedra, descansado y con una fantástica sensación de paz interior, se puso alegremente en camino cuesta abajo, pensando que por lo menos su viaje no había sido inútil ya que había conseguido ayuda para otros.

Al llegar a la orilla del río vio que la tortuga le esperaba impaciente, ya desde lejos le preguntó: “¿Buda te ha dado la solución a mi problema?”.

“Si, pero antes de decírtela tienes que traspasarme a la otra orilla”.

Atravesaron la corriente a la mayor velocidad que permitían las patas del enorme animal, una vez en tierra, el chico le dijo: “Buda me ha contestado que es tu caparazón y lo que en él atesoras lo que te impide convertirte en dragón celestial”.

La tortuga iluminó su triste semblante y con gran esfuerzo y voluntad consiguió salir de su propia concha, al hacerlo dijo al muchacho: “Toma todos los tesoros que hay dentro, yo ya no los necesito”. Inmediatamente se transfiguró y ascendió al cielo radiante convertida en dragón.

Nuestro muchacho cargó aquellas joyas en su bolsa y se encaminó hacia el bosque. En el mismo lindero le esperaba el ermitaño, que si más preámbulo le preguntó: “¿Te ha dado Buda la respuesta?”.

“Si, el problema es tu bastón, lo valoras tanto y estás tan apegado a él que te impide ascender al plano celestial”.

“¿Como no se me había ocurrido?, pues toma te lo regalo, tiene muchos poderes, te ayudará a encontrar el camino en el bosque, te dará luz en la oscuridad, te librará de

cualquier enemigo”.

Dicho esto, adoptó la posición del loto junto a un árbol, su espíritu ascendió al cielo y su cuerpo se convirtió en cenizas que esparció el viento.

Continuó el chico su camino muy alegre, ahora sin miedo ya que el bastón le guiaba y le protegía.

Salió del bosque sin percance y se dirigió a la casa de su rico benefactor, él y su hija le esperaban cabizbajos sentados a la puerta de su casa.

Al verlo, la cara de la muchacha se iluminó y gritó: “¡Mira padre, el muchacho pobre está de vuelta!”.

FIN ...

NOTA DEL TRANSCRIPTOR: Algún espabiladillo se preguntará porque la muchacha no habló cuando vio la primera vez al pobre, si es que debía ser su esposo.

Eso es que no ha comprendido el sentido de la fábula.

El muchacho tuvo el derecho a la riqueza cuando cedió su pregunta a la tortuga, derecho a la magia del bastón cuando cedió su pregunta al ermitaño, y derecho a casarse con la muchacha cuando en un acto de generosidad le cedió su pregunta.

Con esos actos de generosidad consiguió escapar a su triste destino, es la ley del Karma.
